

Que vos merecís los versos,
Nadie en la villa lo ignora;
Y es tan claro por sabido,
Que hasta dudarlo es lisonja.
Que él la memoria merece,
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y así, entre ambos dividida
La imaginación dudosa,

Los versos son para vos
Si le prestáis la memoria;
Lo que en vos merece el sexo,
En él merece la sombra,
Y lo que en vos la hermosura,
En él la tumba lo abona.
Justo es, con los dos hablando,
Duden el muerto y la hermosa
Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.



La Virgen al pie de la Cruz.⁽¹⁾

*Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.*

Velaba entonces el cielo
Su lumbre en opacas nieblas,
Y, crespón de tanto duelo,
Tendió la sombra en el suelo
Anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
Ni una fiera por la roca,
Ni entre el musgo amarillento
Asoma reptil hambriento
La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos
En sordo tumulto brama,
Vibrando en turbios espejos
Tornasolados reflejos
Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido
El aire pesado encierra,
Que, doliente y abatido,
Yace sin fuerzas tendido,
Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras,
En la alta región inmóviles,
Ciñen en bandas oscuras
La lumbre de las alturas
Con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
El negro ambiente cruzando,
Amaga pronta tormenta,
Una natura alumbrando
Dormida ó calenturienta.

(1) El acreditado artista D. José Gutiérrez pintó en el Liceo Artístico una bellísima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composición que lleva este epígrafe. Inútil es, por consiguiente, decir que está dedicada al autor del cuadro.

La rosa que el aura riza
Se dobla en el tallo seca,
Y de la hierba pajiza
Sostiene la raíz hueca
Campo estéril de ceniza.
Y del desierto á la entrada,
En torpe paso el Jordán
Arrastra el agua pesada;
Una con otra amarrada,
Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,
Por donde las ondas crecen,
Los penachos desiguales
Saludándolas no mecen
Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
El mundo, en reposo inerme,
Curioso se contemplaba,
Cual de despertar acaba
Un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas,
Cerrando los horizontes,
En dobles hileras puestas,
Las enmarañadas crestas
De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos
Alzando las blancas losas,
Los esqueletos agudos
Sacaron, de asombro mudos,
Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar .
Lo que era triste saber;
Ninguno acertó á dudar
Lo que salió á contemplar
Y alcanzó temblando á ver.

Allí Adán el pecador
Asomó el gesto confuso
Mirando en su derredor;
De rodillas, de pavor,
Sobre la piedra se puso.

—¿Es esa mi raza?...., dijo
Hiriendo la calva frente,
Y llorando se maldijo,
A su Dios mirando fijo
En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
Malditos en él también.
Los otros yertos despojos
Volvieron hacia Salén
Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
Está la impía ciudad,
Como meretriz impura
Que falsa ostenta hermosura
Merced á la obscuridad.

Y el Gólgota misterioso
Levantado detrás de ella
Entre ufano y vergonzoso,
Con un suplicio horroroso
Rota la frente, descuella.

Estaba en honda agonía
Al pie de la cruz llorosa
La Madre Virgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
De ambos pies y de ambas manos,
Que cayeran divididas
A no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre,
Avaro el viento la orea.

Allí, por tierra postrada,
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,
Que sola en dolor tan fiero
A su Dios muerto lloraba
Al pie del santo madero.

—¡Ella llora, y yo pequé!....
¡Madre amorosa, perdón,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé
Y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos
Sin respeto á su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos,
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;
Que si te vieron acaso
Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así!....
¡Tú, que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de ti!

¡Tú, de estrellas coronada,
Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada,
Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataría,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz!
¡Oh Madre, por tal quebranto!
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
De edad más dichosa;
Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.

Brindábame entonces
La vida placeres,
No vi en las mujeres
El mal del amor.
Reía y cantaba
Un día, otro día,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.

Que aun no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza
Rompió la balanza
La estéril verdad.

El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores
A impulso del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba,
Del cenit colgaba
Su turbio farol.

La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Fingí delirante
Del mundo un jardín,
Creí que los días
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un día
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era,
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:
Vestidos pilares

Se vían, y altares,
De negro crespón;
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento,
Mentía un lamento
De lúgubre són.

La voz piadosa
Tu historia contaba;
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento,
Y el hombre decía:
«Y ¡quién pesaría
»Tamaño dolor!

»El Hijo pendiente
»De cruz afrentosa,
»La Madre amorosa
»Llorándole al pie....»
El llanto anudóme
Oído y garganta;
Con lástima tanta,
Postréme y lloré.

La voz conmovida
Seguía clamando,
El viento zumbando
Seguía á la par;
El pueblo lloraba
Postrado en el suelo,
Contaba tu duelo
La voz sin cesar.

Mi madre, á sus pechos
Mi pecho oprimiendo,
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;
Y yo, Santa Virgen,
En son de querella,
No sé si por ella
Lloraba, ó por ti.

Tu imagen estaba
Doliente á mis ojos,
Mi madre de hinojos
Oraba á tus pies:
Por quién lloró entonces
Mi pecho afligido,
Ya nunca he podido
Saberlo después.

¡Mi madre tan joven,
Tan bella y penada!
¡Mi madre adorada
Llorando también!

Perdón ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,
Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
En ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazón;
El niño creía
Y oró al Crucifijo.....
El niño era hijo
Y ahogó su oración.

Ha poco, en mis horas
De cuita y de duelo,
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me trajo
Mi fe solitaria,
Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.

Que yo también lloro
Mundanos pesares,
También tengo altares,
Y fe y religión:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente,
Del alma doliente
La máscara son.

¡Ay, triste! Olvidado,
No hallé en mi abandono
Más luz que tu trono,
Más paz que tu amor;
Y ciego y perdido,
Sin lumbre y sin guía,
A ti te pedía
Llorando, favor.

A ti que llorabas
El día tremendo
Que viste muriendo
Al Dios de la luz:
¡Oh Madre, que el día
De cuentas y espanto
Me salve tu llanto
Al pie de la cruz!

¡Madre mía! Si en tu cielo
Se oye el murmullo mundano,
Y mi cántico liviano
En su cóncavo sonó;
Si la estéril armonía
Llegó á ti del arpa loca,
Y los himnos que mi boca
Sacrilega murmuró;

Tiende los divinos ojos
¡Oh Madrel desde la altura,
Que es polvo la criatura;
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta,
Más débil la torpe planta,
Se acerca á su nada más.

Acuérdate, Madre Virgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por ti la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un día en que, escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.

Olvídate, que insensato,
Sin curar de tus dolores,
Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al son;
Acuérdate que, nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
Que nací niño y desnudo,
Y que hoy á tus pies acudo,
Mi nada al reconocer;
Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madrel por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
De justicias y de espanto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz.

N A P O L E Ó N

«No hay más que yo; dobléguense las leyes
Ante la ronca voz de mis legiones;
Romperé el áureo cetro de los reyes
En su espantada frente á las naciones.»

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

Mas pensar, en su orgullo, no pudieron,
Que era sólo á sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos,
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba humanos ojos,
Se creyeran imbéciles ó enanos.

«¡Aquí está Napoleón!», dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas;
Y las momias de Egipto, despertando,
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras, asombradas,
El gesto innoble á Napoleón tornaron:
«¡Aquí está Napoleón!», y atrailladas,
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas,
La seca frente y los desiertos ojos,
Para oírle, y cayeron macilentas,
A su tremenda voz, todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes,
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes,
Sus vasallos, monarcas ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes,
Gritó, hiriendo los huesos con la planta
«Yo soy emperador. ¡Fuera los reyes!»
Y su brillante voz la turba espanta.

I

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron;
Cuando grandes los dos se concibieron,
De hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumen-
Y el monumento dijo: *Éste es el hombre;*
Y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Ésta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el discorde arrullo,
Su altivo ser le trajo á la memoria.
«Aquí debí nacer», dijo su orgullo;
«Aquí debo morir», dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
«Quien allí su bandera no enarbole,
»Una oruga no más será en el cielo.

»¡No valen cien coronas una estrella,
»Ni valemos un sol todos los reyes!
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
»El sol alumbra, y queman nuestras leyes.»

Unos grandes, allí su tumba abrieron,
E intentarlo era grande solamente;

Revolvió entonces la imperial mirada....
Nada en el ancho cóncavo vivía.
Sólo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas,
Sello gigante de gigante gloria;
Porque, agobiado con sus hondas huellas,
Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio,
Diciendo á los cadáveres hollados:
«Napoleón vino á visitar su imperio.»
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pie tranquilo;
Y allá á lo lejos saludarle oyeron,
Con asombrado adiós, al ronco Nilo.

II

El hombre no existe ahora,
Que el tiempo, al plegar las alas,
La lámpara de la vida,
El aire azotando apaga.
Las moles allí quedaron;
Y las osamentas calvas,
En las urnas todavía,
La voz del ángel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa
Como ataúd y montaña;
Y él duerme al pie de una roca,
Entre las ondas amargas,
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas;
Porque la isla compasiva
Le recogió en sus entrañas;
Donde con su peso abrumba
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿Quién es el gigante ahora?
¿Quién de los dos es la página,
Las moles de aquel desierto
Ó el nombre de las batallas?

Sobre ambos, los huracanes
Mugiendo y quemando pasan;
En ambos, el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios,
Sin antorchas y sin guardas,
En palacios de reptiles,
Que en torno lentos se arrastran,
Sin respeto á su grandeza
Ni noticias de su fama.

«¡Aquí está Napoleón!», dice su nombre,
Sobre las moles del desierto escrito;
Y donde alguna vez firmó aquel hombre,
Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre, anonadados,
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder, desesperados,
Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
A que el destino su destino amarra;
Y viéndose león, alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pie le ató altanero;
El mundo entero sorprendió atrevido, [ro.
Y un pueblo echó sobre él el mundo ente-

Numeró sus millones de soldados
Y trepó vencedor á la montaña;
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura,
Como á la fiesta va galán mancebo,
Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compás los ruiseñores
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas,
Para dar sed, la fuente cristalina,

Y crece al pie de las pajizas cañas,
Rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daría,
Antes que al yugo, á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas,
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III

¡Paz al coloso!! Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fué *la fortuna*.

Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres, es el cielo;
Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo, al fin, con iracundas leyes;
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valéis un sol todos los reyes.

Dijiste: *«Soy el grande de la tierra;*
»No tengo en ella ya digno enemigo.»
Grande mi patria, te llamó á la guerra;
Porque eras grande tú, lidió contigo.

